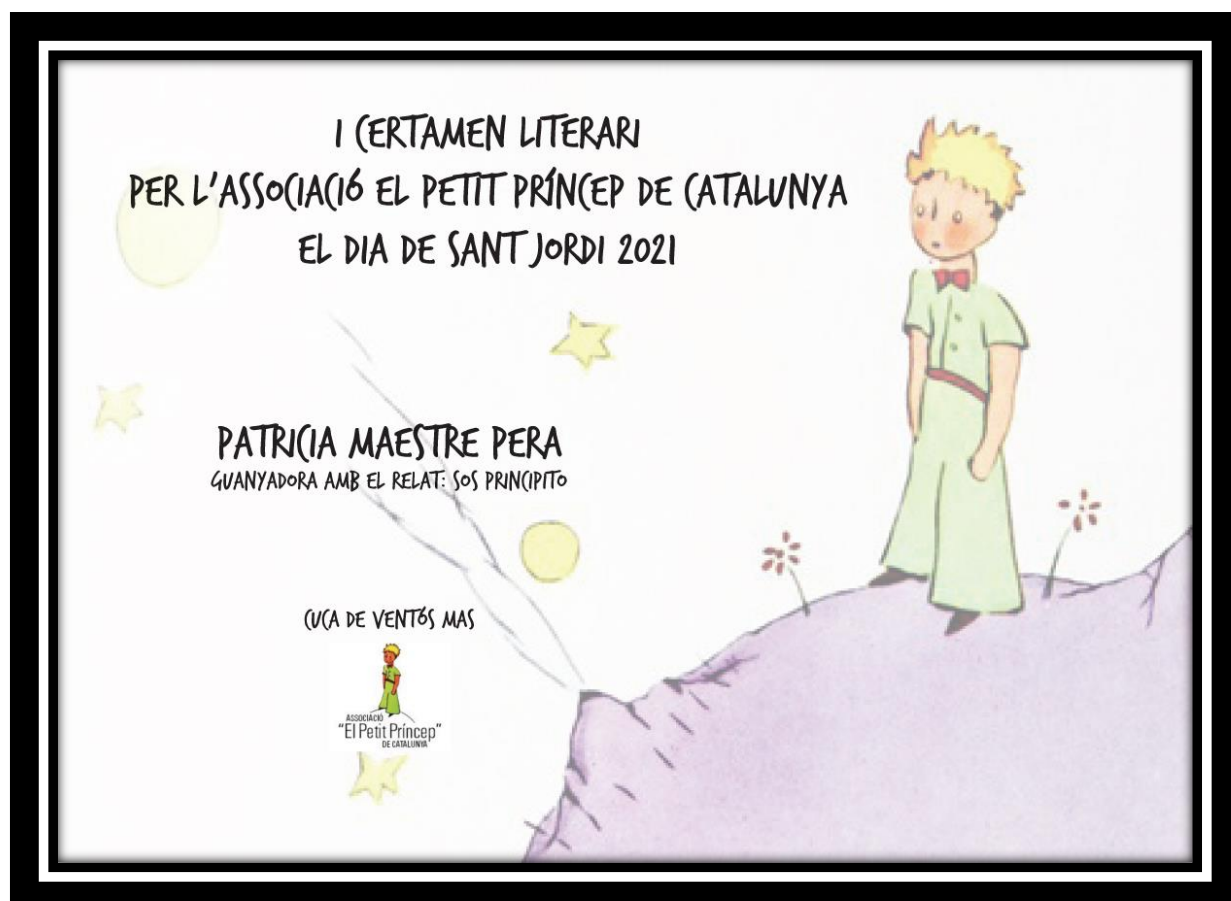
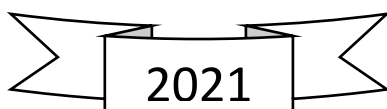


Associació El "Ptit Princep" de Catalunya

Obra guanyadora



S.O.S Principito

Querido Principito,

¿Hace cuánto que no tienes noticias del planeta Tierra? Si no me equivoco, el 6 de abril cumpliste 78 años, felicidades. Espero que celebraras y pasaras un feliz día con tu rosa y tu cordero. ¿O debería decir con tu nueva rosa y tu nuevo cordero? Aun así, seguramente, que sea nueva o sea la de antaño, tu rosa siempre será tan importante por el tiempo que perdiste y le dedicaste.

Tengo tantas preguntas para hacerte como tú las hiciste, en su momento, a ese piloto que te encontraste en medio del desierto. Probablemente, si ahora estuvieras aquí me dirías: las personas grandes son decididamente muy extrañas. Esta, sin duda alguna, sería la respuesta a todas mis preguntas.

Así que no te haré ninguna pregunta y te explicaré lo que este último año, el pasado 2020, ha supuesto para la humanidad y para todo el planeta. Quizás, estés al corriente pero creo que te será más interesante si una persona o alguien que, algún día podrías considerarla como amigo, te lo cuente.

Hace ya más de un año que llegó a nuestras vidas un virus llamado “COVID-19”, un virus que afecta directamente a los pulmones y que se ha llevado a muchos de nuestros mayores y no tan mayores. Un virus que se ha convertido en pandemia y que ha cambiado nuestro modus vivendi. Ahora hablamos de nueva normalidad y ya no de normalidad a secas.

Para que te hagas una idea, este virus es muy parecido a tus baobabs, esas semillas terribles de las que le hablabas al piloto. Y al igual que tus baobabs, si no los arrancabas a tiempo ya no era posible deshacerse de ellos. Lo mismo pasa con el COVID-19. Sinceramente, esos árboles gigantes es lo que más se parece a este virus y además es imperceptible.

El COVID-19 llega a nuestras vidas el 13 de marzo de 2020. Aunque ahora hemos sabido que este virus ya estaba campando a sus anchas desde diciembre de 2019. Parece ser que, todo empezó en Wuhan, en una ciudad de China. Digo, parece ser, porque aun nadie sabe con certeza si fue en este país u otro. Ahora me repetirás de nuevo, realmente que extraño sois todos los mayores. Y la verdad, llevas toda la razón. Mira si la llevas que, a día de hoy, un año después, seguimos igual. Lo que tenía que haber sido 15 días encerrados en nuestras casas, finalmente pasó a ser tres meses. El presidente de España proclamó el estado de alarma. Nunca antes nadie había estado en semejante situación, pues un estado de alarma se proclama cuando estás en medio de una guerra y esta vez no era el caso. Esta vez, se proclamaba por algo muy peculiar, por un motivo impensable pero que hoy ya nos lo hemos hecho muy nuestro: un confinamiento eterno a causa de este terrible virus que también le podríamos llamar BAOBAB.

Recuerdo que los primeros días de encierro, en mi caso, nos lo tomamos como unas mini vacaciones. No teníamos que ir a trabajar, teníamos comida, teníamos televisión, libros, de todo. Los ojos nos chispeaban de alegría porque sin comerlo ni beberlo podíamos disfrutar de unos días sin horarios y sin rutinas. En definitiva, hacer lo que nos diera la gana en casa durante unos días y luego volver a lo de siempre: levantarte - desayunar - ducharte - ir a trabajar - trabajar - diez minutos de descanso - seguir trabajando - comer - ir al gimnasio - volver a trabajar – se acaba el

trabajo - ir a tomar algo - volver a casa - cenar - mirar la tv - ponerse el pijama – lavarse los dientes - leer - dormir. Y al día siguiente otra vez lo mismo. Pero eso, solo los cinco días de la semana. Luego, llegaba el fin de semana y nos íbamos de viaje o de visita a la familia o salir a cenar.

Sin embargo, lo de siempre nunca más volvió. Aunque no quiero decir nunca, pero por el camino que vamos, lo parece. Digo que nunca más volvió porque de repente aparecen nuevas normas, nuevos conceptos y nuevos estilos de vida: llevar mascarilla, llevar guantes, solo salir por necesidades urgentes, hacer la compra una vez por semana, teletrabajo, salir a aplaudir en los balcones cada día a las ocho de la tarde, videollamadas, reuniones de trabajo a través de zoom, desinfectar, no utilizar ascensores, hacer colas en los supermercados, aforo limitado, dos metros de distancia por seguridad, toque de queda...

Cerrados grandes almacenes, hoteles, bares, restaurantes, teatros, tiendas, espacios culturales, museos, iglesias. Y solo podían estar abiertos los servicios esenciales y de primera necesidad como supermercados, colmados y centros sanitarios. Muchos decían que lo suyo era primera necesidad pero el mismo gobierno fue quien decidió cuales eran.

Creo que para muchos la primera necesidad fue comprar muchos rollos de WC, vaciar estanterías de supermercados, comprar todas las mascarillas y geles hidralcohólicos y encerrarse en su casa que para entonces era nuestro búnker, nuestro medio de salvación. No podíamos decir que estábamos en medio de una guerra porque teníamos comida, casa, una cama donde dormir y sentirnos protegidos. Sin embargo, eso que creíamos que no era una guerra pronto se convertiría en una especie de guerra encubierta, una guerra sin bombas contra un minúsculo virus que ha puesto patas arriba nuestras vidas.

Te preguntará porque se proclama el estado de alarma, ¿verdad Principito? Se proclama porque el virus ocasiona que el sistema sanitario de nuestro país y parece ser que del mundo entero estaba siendo insostenible. Hospitales llenos, ucis desbordadas y a consecuencia de esto, construían nuevos hospitales de campaña, incluso utilizaban grandes centros de congresos porque la gente infectada ya no cabía en los que había. Los pobres sanitarios exhaustos y sin saber ni cómo ni qué hacer para poder frenarlo.

Cada día recibíamos información a través de un comunicado del gobierno explicándonos qué descubrían. Todos nosotros siempre atentos para saber si podían encontrar algún tipo de solución. Pero llegó a un punto en el que estábamos tan sobre informados que ya no sabíamos a quién creer. Es cuando, entonces, aparecen todo tipo de conspiraciones, gente escéptica a todo lo que se dice, lo que llamaríamos el caos. Llega el caos en nuestras vidas.

Es aquí cuando añadiría una frase que tú bien dijiste y que la podríamos aplicar: “Cuando el misterio es demasiado impresionante no es posible desobedecer”. Este virus era un misterio para todos nosotros. La gente obedecía a todo lo que se les decía pero, como en todos los lugares, siempre había unos cuantos que querían llevar la contraria. Incluso yo misma pensé que todo era fruto del propio ser humano para poder tener el poder y crear miedo. No obstante, con el paso del tiempo me di cuenta que no podía ser una conspiración porque veía que realmente este virus existía y que, además, no solo afectaba a persona ajenas a mí, sino que personas de mi alrededor, mi familia, había estado infectado.

No te puedo confirmar que puedan haber intereses políticos o económicos, pero sí puedo corroborar que este virus, el COVID-19 o este BABOBAB existe. Y esta vez, lo sé porque los científicos, médicos confirman su preocupación y no creo que ellos se rijan por esos asuntos político-económicos. Ellos se deben a las personas, a la salud de ellas, como deberían hacer los políticos pero lamentablemente no es así.

Así que, lo que parecía tan emocionante y lo que nos hacía chiribitas en los ojos, poco a poco se fue convirtiendo en un infierno. Después de los 15 días, el hecho de no poder salir de casa, solo para comprar, de no tener horarios ni rutinas, no poder ni ir a visitar a los familiares, ni socializar, ni poder ir a tomar algo se estaba convirtiendo en una pesadilla. Así que decidí organizar un calendario para tener unas rutinas y que no pareciera el día de la marmota.

¿Quién nos iba a decir que íbamos a echar de menos nuestra rutina? ¿Será que somos la sociedad de la queja? ¿De quejarnos por vicio? ¿De que todo nos parece mal? Y en realidad, ¿quién nos iba a decir que un virus de tal índole nos iba a trastocar todos nuestros planes y nuestra vida? Los seres humanos nos creemos infalibles, invencibles y realmente somos un punto en el universo al que no deberíamos dar tanta importancia y creernos tanto, sino ser más humildes. El COVID-19 llegó a nuestras vidas como un terremoto, un huracán, como un tsunami que no te da tiempo ni a reaccionar.

Como ya te he comentado, de este virus se dijo que empezó a dar señales de vida en China y pensábamos que nunca llegaría aquí. Algunos ya avisaban que fuéramos con cuidado pero aun así ni caso. Y llegó a Europa y en concreto en Italia. Y una vez allí, empezamos a saber de nuevos casos por todo el mundo. De manera que se fue expandiendo por todo el planeta hasta el punto de perder el control y no saber cómo enfrentarse a él. Los únicos que sabían y podían enfrentarse a él eran los científicos, virólogos y los sanitarios. De manera que, todo el mundo estaba en sus manos. A ellos nos debíamos, a ellos aplaudíamos cada día.

Nos dimos cuenta que los trabajos más valorados o más prestigiosos como ser banquero, político, administrador no eran tan imprescindibles como los que se repudiaban más como las cajeras, los barrenderos o peluqueras. Estos últimos eran los que realmente nos ayudaban a seguir adelante. Al final es como tú dices cuando conociste al farolero, que él sería despreciado por todos los otros: el rey, por el vanidoso, por el bebedor y por el hombre de negocios. Sin embargo, es el único que no te parecía ridículo porque al menos este se ocupaba una cosa ajena de sí mismo.

Ahora muchos dicen que ya no moriremos por COVID-19 sino que moriremos de hambre. No obstante, sigo pensando que esta consecuencia es debido a este virus. Éste ha supuesto grandes pérdidas de puestos de trabajo, gente en paro, persianas bajadas y muchos negocios cerrados. Significa esto que mucha gente no cobraba y por consiguiente tampoco comía. Creo que si todos hubiésemos sido más responsables, más altruistas, más empáticos y más humildes, a lo mejor, todo hubiese sido diferente. Pero como somos seres individualistas, tristemente, tengo pocas ilusiones en que esto cambie y rememos todos en una misma dirección para combatir juntos el virus y superarlo.

Cierto es que no estamos como hace un año, encerrados en casa sin poder salir. Ahora estamos en esa nueva normalidad. Además ya han llegado las vacunas pero como siempre y como te comento, el ser humano siempre se queja por todo o no está de acuerdo con nada. Hace un año

las estábamos esperando como agua de mayo. Y cuando, por fin, las vacunas llegan, muchas personas no se la quieren poner por desconfianza a la efectividad.

Y quiero ratificar que no es tanto el ser humano en general sino el ser humano adulto el que teme, el que se queja. En cambio, los niños se han adaptado a la perfección, han aceptado esta nueva etapa, han seguido adelante, han sido resilientes. Ya podríamos aprender de ellos. Ellos como bien dices, deben ser muy indulgentes con las personas grandes.

Quiero creer que este virus nos ha dado una gran lección, sin embargo, mi creencia es en vano, pues sigo viendo a las personas que siguen sus vidas como si nada, como si todo fuese igual. Y en realidad este virus ha venido para avisarnos que hay que aprovechar, que hay que respirar, que hay que disfrutar de esta, nuestra única vida.

Querido Principito este mi punto de vista, no el de todos. Hay muchas opiniones ante este virus. La mía es una de tantas, pero seguramente tú podrás opinar porque espero verte pronto para que puedas venir a poner orden, para que nos puedas agasajar con esos bellos pensamientos que tienes, con esas verdades como puños que llegan a nuestros corazones y nos hacen reflexionar. Esta misiva es un S.O.S para ti, querido Principito. Lo único que te pido es que traigas un poco de locura de esa niñez que tanto le falta a la cordura del adulto.